



# Caso: Golpe de Estado en Chile. La revolución interrogada

Autor:  
Bardauil, Pablo.

Revista  
Filología

1999, N°32 1/2, pp. 7-23



Artículo



## CASO: GOLPE DE ESTADO EN CHILE. LA REVOLUCIÓN INTERROGADA

### RESUMEN

El presente artículo se propone llevar adelante un análisis de la recepción de la revista *Crisis* (1973-1976) del golpe de estado en Chile perpetrado por el dictador Pinochet el 11 de setiembre de 1973 contra el gobierno socialista de Salvador Allende. Dicho análisis está orientado a responder tres interrogantes centrales.

En primer término, de qué manera, en la perspectiva de *Crisis*, el “caso” chileno pondría en entredicho la vigencia de una “ley histórica” cobijada al calor de la revolución cubana, la “revolución cultural china”, los movimientos africanos de liberación, el fin de una serie de dictaduras militares en la Argentina y el regreso del proscrito peronismo al poder y que había llevado a un amplio sector de la sociedad a confiar en la ineluctabilidad del destino revolucionario nacional y latinoamericano.

En segundo lugar, de qué modo los discursos que *Crisis* puso en obra a propósito del golpe de estado en Chile darían lugar en la revista a la construcción de una “novela” cuyas reglas y tropos fundamentales están estrechamente vinculados con el género policial.

Por último, de qué manera la puesta en primer plano de tales elementos retóricos no sólo pone en entredicho la presunta capacidad del discurso periodístico de representar fielmente “lo real”, sino que requiere reflexionar, al contrario, en qué medida los mismos inciden y condicionan los modos en que los hechos “reales” son representados en la escritura.

### ABSTRACT

The present paper aims to analyze the reception that the cultural journal *Crisis* (1973-1976) made of the *coup d'état* carried out in Chile by dictator Pinochet on September 11, 1973 against the socialist democratic government of Salvador Allende. The analysis proposed tries to answer three main questions:

In first time, how, from the point of view of *Crisis*, the chilean “case” questions an “historical law” settled by cuban revolution, chinese cultural revolution, african movement of liberation, the end of a series of military dictatorships in Argentina and the return of the banned peronism to the power.

In second time, how the discourses that *Crisis* could make it possible, in relation with the *coup d'état* in Chile, the construction of a “novel” whose rules and tropes are in close relationship with the detective novel .

In third place, how this construction made by journalist’s discourse defies the own representational value of this discourse and invites to evaluate how its construction constraints the writing process.

### 1. LA REVISTA *CRISIS* Y LA APUESTA REVOLUCIONARIA DEL ‘73

El nacimiento de *Crisis*, en mayo de 1973, acontece en ocasión de una *fiesta*: el fin de la dictadura militar de Lanusse y el regreso del peronismo al poder después de casi veinte años de proscripción. El día veinticinco la celebración alcanzaría su punto culminante: junto con la asunción de Cámpora, los trescientos setenta y un presos políticos de la dictadura son liberados de las cárceles. Por un instante fugaz, los límites entre espectadores y espectáculo parecerían abolirse. Gobernantes y gobernados, presos y funcionarios, son actores de un festejo común.

Mayo de 1973 constituirá una *fiesta en la recepción de Crisis*: una revista que, desde sus comienzos, apostará de un modo manifiesto a dar cuerpo a aquella alianza entre *cultura y política* que ya en los cincuenta los intelectuales argentinos venían promoviendo desde *Contorno* y reemergería con inusitada fuerza a fines de los sesenta dando lugar, entre otras cristalizaciones, a aquella experiencia conocida con el nombre de *Tucumán Arde*.

Sobre los acontecimientos presentes la revista recogerá diversas opiniones. Los observadores latinoamericanos, que confían en la repercusión de los sucesos argentinos en el resto del continente, serán los más entusiastas. Así, el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro afirmará en el primer número:

A lo que acabamos de asistir en estas últimas semanas fue a la creación [...] de la nación argentina. [...] En este momento en que la Argentina tiende a marchar para crear una estructura de poder coherente con el deseo de la población y hay una fluidez entre la voluntad de los más y la postura de los que mandan [...] es llamada [...] a representar un papel extraordinario [...] no solo internamente: es el desafío que se plantea al peronismo internacionalmente (*Crisis* I, 63) [salvo aclaración, las cursivas en el presente trabajo me pertenecen]

Más precavidos, aunque no por ello menos expectantes, los analistas argentinos llamarán la atención sobre los escollos que el nuevo gobierno deberá

enfrentar. Unos y otros, sin embargo, no dudarán en encuadrar los hechos acaecidos en el interior de una *ley*. En el siguiente comentario del periodista Rogelio García Lupo se alude a ella:

[...] los vencedores de la contienda electoral cometerían un error si llegaran a asignarle a la designación de Cámpora otro sentido del que tiene: una tregua en la larga lucha del pueblo argentino con los intereses económicos internos e internacionales que lo sofocan y le impiden manifestarse plenamente. (*Crisis* II, 63)

Si es cierto que, desde la antigüedad, el hiato que existe entre los acontecimientos históricos y el discurso de la historia ha inducido a los historiadores a procurar definir las leyes que permiten explicar los hechos "reales", se propone pensar la recepción de *Crisis* de los sucesos contemporáneos al momento de su nacimiento como la voluntad de encuadrarlos en el interior de una *ley general* dentro la cual estos serían su «expresión», su corroboración evidente. Se postula evaluar la lectura de la revista de los acontecimientos recientes en el marco de un esfuerzo por incluirlos en el interior de una serie no contingente que en Latinoamérica se habría iniciado en 1959 con la revolución cubana y continuado en 1970 en Chile con el acceso del socialismo al poder; que en África tendría como exponentes a los movimientos de liberación contra el imperialismo inglés, francés y portugués; y que en China vendría a convalidar la "revolución cultural" impulsada por Mao-Tse-Tung<sup>1</sup>. ¿Podría bocetarse un dibujo de esa ley tan general que contuviera el abanico de opiniones consignadas pero, a la vez, lo suficientemente específico que permitiera circunscribir su funcionamiento?

Un relevamiento de las distintas opiniones consignadas permite detectar una serie de *principios axiomáticos* que se repiten en ellas de un modo insistente. Tres parecen los más importantes. Un juicio de Perón recogido por *Crisis* en su primer número -y cuya gravitación puede considerarse fundamental en la formación de las expectativas de la revista- los pone de relieve:

[...] el capitalismo [...] está luchando por no ceder, como los señores feudales lucharon con la Revolución Francesa; también para no ceder. Pero

<sup>1</sup> "Nuestra liberación es inseparable de la Liberación Continental. ¿Debemos coordinar también esta lucha con la de Asia y África? ¿Es esta lucha del Tercer Mundo la que puede universalizar la liberación del hombre?" (I, 44). La pregunta pertenece a un reportaje realizado por Fernando Solanas y Octavio Getino a Juan Perón en el marco de la experiencia cinematográfica que ambos habían realizado en 1971 para el grupo "Cine Liberación". Dicho reportaje, que va a ser reproducido en el primer número de la revista "en la convicción de que tanto la experiencia cinematográfica como la palabra del dirigente justicialista son de singular importancia" (43), constituye un buen termómetro de las expectativas de la mayoría de los intelectuales que en 1973 escriben en *Crisis*.

indudablemente, los acontecimientos históricos [...] nos están llevando a esa *evolución* que ya es *insoslayable* y que en las tres cuartas partes del mundo ya las han aceptado (*Crisis I*, 47)

a) La cita de Perón coincidiría con la de García Lupo en caracterizar el devenir histórico *como el resultado del enfrentamiento entre dos fuerzas antagónicas*; en señalar como motor de la historia *a la lucha entre dos clases enfrentadas*: una, oprimida, que pugna por avanzar en sus conquistas; otra, dominante, que no quiere ceder en sus privilegios<sup>2</sup>.

b) *La historia sería susceptible de ser dividida en grandes periodos* entre cada uno de los cuales existiría una *evolución*, un *progreso* que -aunque desigual y contradictorio- sería “insoslayable”<sup>3</sup>.

c) El tercer principio se deduce del anterior. La evolución histórica tendría a la *revolución* como horizonte ineluctable: punto de inflexión hacia una etapa final en donde se produciría una conciliación de los antagonismos y en la cual los intereses particulares coincidirían con los colectivos<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> “La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días *es la historia de la lucha de clases*. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: *opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta*” (Carlos Marx y Federico Engels ((1848 (1974, 62-63).

<sup>3</sup> Perón, en el reportaje citado: “[el capitalismo] ha hecho un sistema que, no podemos negar, ha hecho *avanzar* al mundo de una manera extraordinaria. Especialmente en el aspecto científico y técnico. Pero los pueblos [...] se dan cuenta de que se ha avanzado *a costa de un tremendo sacrificio de los pueblos*” (I, 47). Según Jacques Le Goff, en su texto *Pensar la historia* (1991), el concepto de progreso tendría su auge en el discurso histórico durante el siglo XIX a la luz de la expansión del capitalismo, los “éxitos” de la revolución industrial y los descubrimientos científicos y técnicos. Pero habría encontrado un impulso fundamental con la aparición de *El origen de las especies* (1859), de Charles Darwin. Desde entonces, y hasta la primera guerra mundial, historiadores liberales, socialistas e incluso marxistas se esforzaron por definir las leyes que rigen el progreso histórico. Marx, así, sostendrá que el devenir histórico estaría sujeto a una evolución doble: a) un ascenso en el nivel de la base, en la medida en que el hombre adquiere un dominio cada vez mayor sobre la naturaleza; b) un ascenso en el nivel de la superestructura, en la medida en que en la etapa burguesa las clases subordinadas van tomando cada vez mayor consciencia de su alienación respecto de sí.. Ese doble proceso permitió creer a Marx que la historia se encaminaría en un mediano plazo hacia una *crisis revolucionaria* luego de la cual sobrevendría una nueva etapa en la que se constituiría un modo de existencia comunista. Las secuelas de la guerra y la crisis económico-financiera mundial de 1929 pondrán fin al mito de la prosperidad. A partir de 1930 y, sobre todo, después de la segunda guerra mundial, el concepto de progreso entrará, según Le Goff, en una crisis permanente. No obstante ello, en las concepciones de historia que pueden relevarse en *Crisis* la idea -crítica- de progreso sigue siendo dominante.

<sup>4</sup> Perón, sobre la nueva etapa revolucionaria: “El hombre podrá independizarse, solamente, en una *comunidad organizada*. Donde cada uno haga lo suyo, *realizándose dentro de la comunidad que también se realiza*” (I, 47).

## 2. "CASO": GOLPE DE ESTADO EN CHILE. LA REVOLUCIÓN INTERROGADA

Si la renuncia de Cámpora e inmediata candidatura de Perón a la presidencia de la Nación fortalecen en la recepción de *Crisis* las expectativas revolucionarias, el golpe de estado que -doce días antes de las elecciones generales- tiene lugar en Chile el 11 de setiembre de 1973 resultará un balde de agua fría a la euforia, a las esperanzas latinoamericanas puestas en juego. El primero de los artículos que la revista dedica a los acontecimientos chilenos se titulará: "Informe sobre Chile: *esperanza, crimen y caída*".

Se propone pensar el golpe de estado en Chile -tal como cristalizó en la recepción de *Crisis*- como un "caso". En su texto *Formes simples* (1972), André Jolles define el "caso" como una *forma simple* cuya tradición podría remontarse hasta la casuística o teología moral de la que se sirvió la Iglesia católica a fines del siglo XVI para enseñar a los feligreses sus obligaciones doctrinarias. En la perspectiva de Jolles, el "caso" sería un conjunto constituido, de un lado, por una *norma o ley general* que una serie de ejemplos corroborarían; del otro, por un ejemplo particular que no solo contradiría esa ley sino que, además, pondría su validez en entredicho. En el "caso" el nuevo ejemplo tendría la capacidad de interrogar el valor de una norma determinada, sea esta de orden moral -como en la religión-, jurídica -como en el derecho- o histórica -como en el ejemplo que se intenta tratar aquí.

Si puede postularse al golpe de estado en Chile como un "caso", es en la medida en que, en la perspectiva de *Crisis*, pondría en entredicho la vigencia de una *ley* que una serie de ejemplos tan felices como irrefutables convalidaban y los sucesos de mayo de 1973 habían vuelto a corroborar: *el destino inevitable de la revolución en Latinoamérica* (o, por lo menos, su acaecimiento inminente). Y algo más grave todavía: *el destino del propio proceso revolucionario*, si es cierto que este es inescindible de la suerte de la revolución en el resto del continente.

Más aún cuando los procesos chileno y argentino presentaban coincidencias notables. En efecto, en Chile el gobierno socialista no solo había accedido al poder -a diferencia de Cuba- a través de elecciones generales sino que, además, había logrado cristalizar por la vía democrática una serie de medidas largamente ambicionadas por la izquierda en nuestro país: la reforma agraria y la nacionalización de las industrias estratégicas se destacaban entre las más relevantes.

## 3. "VENID A VER LA SANGRE POR LAS CALLES"

¿Cómo se hacen discurso, en *Crisis*, los acontecimientos chilenos? ¿Cómo se escribe en ella la historia del golpe de estado? El segundo artículo que la revista

dedica a Chile se servirá del verso de un poema para titular su lectura de los hechos acaecidos: “Venid a ver la sangre por las calles”, extraído de la *Tercera residencia* (1961,47), de Pablo Neruda. Dicho título resulta útil para poner de relieve dos cuestiones de orden metodológico que resultan centrales: i) de qué manera tratar el problema de la *representación* de los hechos “reales” en los discursos que la revista puso en obra a propósito del golpe de estado; ii) en qué medida es posible postular una *especificidad* del discurso periodístico y cuáles serían los efectos de tal consideración sobre el presente análisis.

En principio, la cita de Neruda establece entre los sucesos evocados en el poema y el golpe de estado en Chile un paralelismo evidente: si “España en el corazón” en un himno a los héroes de la guerra civil española y a la resistencia franquista, el segundo artículo que *Crisis* dedica a Chile constituye, a la vez, tanto un homenaje a las víctimas del golpe de Pinochet como la postulación de la existencia de una resistencia naciente (cuestión sobre la que se volverá más adelante).

Pero la referencia al poema de Neruda alerta también sobre otra cosa: fundamentalmente, en tanto que cita de otro texto, sobre una espesura. Un análisis del modo en que los acontecimientos relativos al golpe de estado fueron “escritos” en *Crisis* debería tener en cuenta, antes que nada, que el discurso periodístico no es un medio cristalino, transparente, de representar “lo real”; que el discurso periodístico -como el literario- no «representa» nada, si por ello se entiende hacer presente en el discurso algún tipo de “realidad”. Esa fue la ilusión del realismo literario en el siglo XIX que, con su naturalización de las técnicas narrativas, no hacía otra cosa que observar aquel precepto aristotélico sobre el arte que encontraba en la *mimesis* su carácter esencial.

La cita de Neruda en el título del artículo pone de relieve que en la narración que *Crisis* llevó adelante de los acontecimientos chilenos la referencia a «lo real» es susceptible de ser perturbada. Puede ser también otro texto que, a su vez, ha de remitir a otros. Un poco antes, la revista *Primera Plana* había hecho de esta posibilidad uno de los pilares de su impronta modernizadora en el discurso periodístico argentino de la década del sesenta<sup>5</sup>.

Esta capacidad citacional que es posible registrar en el discurso periodístico no parece, sin embargo, que le sea específica. Como es sabido, ha sido explotada desde mucho antes no solo por la literatura sino también por la historia y la filosofía. A tal punto que se la ha llegado a considerar como condición de especificidad de la escritura misma<sup>6</sup>. Si a ello se le agrega que en el segundo artículo que *Crisis* dedica a Chile lo citado es un texto literario, es

<sup>5</sup> Cf. Alvarado, Maite y Renata Rocco-Cuzzi (1984).

<sup>6</sup> “Todo signo, lingüístico o no lingüístico [...] puede ser *citado*, puesto entre comillas [...] Esta *citacionalidad*, esta duplicación o duplicidad, esta iterabilidad de la marca no es un accidente o una anomalía, es esto [...] sin lo cual una marca no podría siquiera tener un funcionamiento ‘normal’. ¿Qué sería de una marca que no se pudiera citar?” (Derrida, (1994: 362)

posible preguntarse bajo qué criterios pueden distinguirse discursos que, además de compartir capacidades similares, cuestionan toda pretensión de separación tajante al entrecruzarse, al extenderse el uno en el otro continuamente.

No se trata aquí de disimular las diferencias evidentes que, históricamente, es posible detectar entre los discursos mencionados. Pero si tal distinción resulta conveniente (y los criterios son siempre institucionales: modos de producción, recepción y circulación de los discursos en un momento determinado; estatus “jurídico” de los textos en una época dada, etc.), lo que los discursos destinados por *Crisis* al golpe de estado ponen de manifiesto la necesidad de reinscribir esas diferencias en un concepto más amplio de discurso: en el interior de una textualidad o discursividad generales.

La ventaja de una reinscripción tal parece doble. En primer lugar, es en la medida en que se abandone la pretensión de una definición específica del discurso periodístico que, en contrapartida, se podrá hacer reingresar en el análisis aquellos elementos retóricos que para narrar el golpe de estado la revista tomó “prestados” de otros discursos: en particular, de la literatura (la “novela de aventuras”, en “Un encuentro con la resistencia chilena”, XII, 74-78); pero también del discurso histórico (la “crónica”, en “Esperanza, crimen y caída. Un antecedente”, VI, 65), del discurso político y, finalmente, de diversos géneros «menores» (la “carta”, en “Carta de un fusilado en Chile”, XV, 54).

En segundo lugar, tratar los discursos sobre el golpe como un precipitado de discursos genéricos no solo dejará ver mejor a la narración de los acontecimientos acaecidos como el efecto de un dispositivo retórico particular sino que pondrá de relieve los modos en que tal dispositivo incide y condiciona la representación de los “hechos” en la escritura. Es precisamente a esa retoricidad -a la que tampoco escaparía el discurso histórico- a la que se refiere Hayden White en su texto *Metahistoria* (1972) cuando propone que las estrategias que los historiadores utilizan para explicar los hechos del pasado estarían precedidas por una serie de elecciones no explícitas de carácter eminentemente poético y no “epistemológico” como parecerían preferir aquellos que abogan por una historia “científica”.

Por último, una aproximación como la propuesta permite poner de relieve las analogías que podrían establecerse entre los discursos que la revista dedicó al golpe de estado y otros “no periodísticos”. En la década del setenta es posible relevar un movimiento semejante al de *Crisis* en una producción eminentemente literaria (pero también se resiste a cualquier trazado de límites estricto): la narrativa de Rodolfo Walsh.

La producción de Walsh (a la sazón, colaborador asiduo de la revista), que a partir de *Operación masacre* inicia un viraje hacia una literatura “testimonial”, ante la pregunta *cómo traducir los hechos «reales» en el discurso* pondrá en juego una serie de operaciones semejantes a las realizadas por *Crisis* en su recepción del golpe chileno. En efecto, en ambas textualidades tiene lugar



un movimiento doble y paradójal. Por un lado, las dos realizarán una serie de operaciones orientadas a *disimular* las distancias que existen entre los “hechos” tal como se produjeron y su representación por medio de la escritura. A menor disimetría -coinciden- mayor garantía de que lo que se dice es *verdad*. Así, en el segundo artículo que *Crisis* dedica a las víctimas del golpe no solo se irá a buscar la información al mismo lugar en el que sucedieron los hechos con el objeto de asegurar una presunta *inmediatez* sino que, además, la mediación periodística buscará adelgazarse lo más posible para que los testimonios recogidos hablen *por sí mismos*: “[Los testimonios que aquí se reúnen] fueron recogidos [...] por cronistas necesariamente anónimos. Son versiones *directas* de los acontecimientos que constituyen, hoy, el luto de Chile y de América Latina” (VII,68).

De un modo semejante, en un texto como *El caso Satanowsky* (1973) -cuya publicación, por otra parte, va a ser objeto de una cuidadosa atención por parte de la revista- los testimonios *directos* de los implicados van a tener en el desarrollo de la investigación una relevancia fundamental. Las *transcripciones* de conversaciones telefónicas y reuniones secretas, las declaraciones *literales* de los testigos implicados serán las pruebas fundamentales a las que el narrador recurrirá para «resolver» el crimen en cuestión. En un caso y otro no será accidental que todos los testimonios estén atravesados por las marcas de la *oralidad*: la reproducción «mimética» de la *voz* parecería ser la mejor garantía de la *inmediatez* entre lo que los acontecimientos que los testigos directos presenciaron y la inevitable mediación de su testimonio a través del discurso.

Lo curioso de este presunto adelgazamiento de las distancias es que, al mismo tiempo, la representación de los acontecimientos en la escritura pueda ser sometida a una “poetización” deliberada. La cita de Neruda es apenas la punta de un *iceberg* que llama la atención sobre aquellos «restos» genéricos que tanto *Crisis* como los textos de Walsh tomaron prestados para narrar. Nueva coincidencia: aquellos *tropos* a los que ambos recurren para representar los hechos en el discurso estarían tensionados por un género dominante que sería capaz de contener a cada uno de esos “restos” como una de sus partes: el *género policial*.

#### 4. EL “CASO” CHILE COMO NOVELA POLICIAL

¿Cuáles podrían ser las razones de esta coincidencia? Una parece fundamental: ambas producciones discursivas, al igual que la novela policial, tienen en el *crimen* un objeto privilegiado de la narración.

En efecto, es un crimen, el del presidente de la Nación, aquello que abrirá los discursos de *Crisis* sobre el golpe (y cuyo primer artículo se titulará, precisamente: “Informe sobre Chile: esperanza, *crimen* y caída”): un crimen

que se adelantará a los quince mil muertos que, a abril de 1974, habrá dejado como saldo la dictadura de Pinochet<sup>7</sup>.

Se propone llamar “novela del golpe de estado en Chile” a aquellos discursos que *Crisis* puso en obra a propósito de los acontecimientos chilenos. Con ello, se quiere no disimular la “realidad” de unos “hechos” sino llamar la atención sobre el grado de ficcionalidad que es constitutivo del modo en que fueron relatados.

En el relato sobre el golpe, el enigma constituirá -como en Walsh, como en la novela policial- un *tropos* fundamental. Más aún, podría caracterizarse a la novela que *Crisis* construyó a propósito del golpe de estado como la búsqueda de una respuesta a tres enigmas o interrogantes básicos:

a) *El enigma en torno de la muerte del presidente*. El primer enigma que la revista buscará develar será aquel que atañe a la muerte de la víctima principal: ¿Allende se suicidó o fue asesinado? Transcribe *Crisis* la versión propuesta por el diario *Clarín*:

El presidente Salvador Allende se *suicidó* en las primeras horas de la tarde disparándose un *balazo en la boca*, poco después de que las fuerzas sublevadas le intimaran su rendición. Un fotógrafo del diario ‘El Mercurio’, conducido por efectivos militares hasta el segundo piso de la Moneda [...], dijo haber observado que en la antesala del comedor yacía el *cuerpo de Allende, inclinado sobre un sofá y en medio de un gran charco de sangre* (*Clarín* 12/09/1973) [subrayado en el original]

La muerte del presidente va a dar lugar a la formulación de un enigma a cuya dilucidación la revista se abocará durante los primeros “capítulos” de la novela. Contra la versión “oficial” -y vigente aún hoy- del suicidio, *Crisis* emprenderá una investigación destinada a demostrar que la muerte de Allende constituye un *asesinato*.

Para ello, abrirá el primero de los capítulos referidos al golpe con una estrategia que en la novela de enigma es fundamental: *el ordenamiento cronológico de los “hechos” previos al crimen*. En dicha cronología puede detectarse un movimiento similar al constatado en la transcripción “directa” de los testimonios de las víctimas del golpe. Si, de un lado, en el “Informe sobre Chile” toda mediación periodística, toda evaluación subjetiva, se reduce al máximo para dejar hablar a los “hechos” por sí mismos (“1969. 21 de octubre. Alzamiento del regimiento motorizado de Tacna, en Santiago, con la dirección del general Roberto Vjaux Marambio”, VI, 64), del otro, el *sentido* de los mismos puede inferirse de la relación que cada uno mantiene con los otros con los que

<sup>7</sup> “Numéricamente, el *putsch* del 11 de setiembre de 1973 puede resumirse así: 30.000 detenciones, 15.000 muertos, 25.000 estudiantes expulsados de las universidades, 200.000 desocupados”. Cf. *Crisis* XII, 34 (recogido de *L'Express* 1177, p. 62).

entra en conexión, del modo en que se engarzan con los restantes. Un encadenamiento que la revista presenta como «natural» y que tiene por objeto no solo «probar» el asesinato de Allende (la alta improbabilidad del suicidio defendido por la versión «oficial») sino desenmascarar a los principales sospechosos de haberlo cometido (aquellos sectores que, afectados en sus intereses, conspiran contra el gobierno socialista incluso antes de la asunción del presidente). Lo irónico de la cronología (y lo que acentúa su carácter de construcción) es que, al momento de su postulación no puede ser, todavía, otra cosa que una *deducción lógica*: los sospechosos del crimen se han ocupado de ocultar y tergiversar las pruebas del delito acaso para siempre. Hortensia Bussi, viuda de Allende: “[...] me dijeron que [el cadáver] tenía muchos balazos en el estómago y en el pecho. *A mí no me dejaron verlo. Todo fue hecho en secreto para que nadie lo viera*” (VI, 67).

Desde este punto de vista, podría establecerse un vínculo entre el modo en que *Crisis* “resuelve” el enigma de la muerte de Allende y el método utilizado por el célebre detective Sherlock Holmes para develar los crímenes en las novelas de Conan Doyle: aquel método que Holmes denomina “razonamiento hacia atrás” y que, según Thomas y Jean Umiker Sebeok (1994), podría emparentarse con aquello que Peirce llamó *abducción* o *retroducción*. En la óptica de los Sebeok, el razonamiento de Holmes siempre tendría como punto de partida una *hipótesis* o *conjetura* a la cual se arribaría *intuitivamente* al cabo de la observación minuciosa de los detalles vinculados al crimen; y solo en un segundo momento *deduciría hacia atrás* los acontecimientos que fueron necesarios para que los hechos se desencadenen según lo hicieron. De un modo semejante, se podría postular que *Crisis* parte de una conjetura inicial que es -contra la hipótesis del suicidio- que Allende fue asesinado y que la cronología no constituye otra cosa que una *deducción* hacia atrás, a modo de *racconto*, de la cadena de acontecimientos *previos* al crimen que condujeron “necesariamente” a su perpetración. El hecho de que la mayoría de las pruebas inductivas del crimen sean ofrecidas al lector incluso mucho después de que el enigma ya ha sido develado constituye un indicio de que la revista ha dado su hipótesis por confirmada *antes* de someterla a las comprobaciones correspondientes. Considérese, en este sentido, un testimonio un mes posterior: “La información que circulaba en torno a la muerte de Allende era bastante concreta. Supe que uno de los médicos que le hizo el examen autopsico pudo constatar que su cuerpo tenía *no menos de 70 impactos de bala* [...] Esto, evidentemente, echa por tierra toda pretensión de la Junta de que el Doctor Allende se hubiera suicidado [...]” (VII, 69-70).

b) *El enigma en torno a las restantes víctimas*. Probado el asesinato de Allende, un segundo enigma concentrará la atención de los relatos dedicados al golpe de estado: aquel (o aquellos) que se abre(n) en torno de las *víctimas* de la resistencia. ¿Cuántos son los muertos? (“Un médico [...] me contó que la noche

del martes 11 tuvo que firmar *cerca de quinientas actas de defunción*", VII, 11); ¿*dónde* se ocultaron los cadáveres de los fusilados? ("Un camarógrafo del canal 13 me contó que había visto un barco cargado de cadáveres; eran cientos de cuerpos amontonados *que iban a ser lanzados al mar*", VII, 70); ¿existen en Chile campos de concentración? ("[...] una de las principales preocupaciones de la Junta [...] fue levantar un gran campo de concentración. [...] *no hay que descartar la posibilidad de que ese campo que piensan construir -a lo mejor ya se está levantando- aparezca en cualquier momento*", VII, 72).

Pero si estos interrogantes vienen a agregarse al enigma central, el interés de *Crisis* no estará puesto tanto en descubrir a un asesino cuya identidad ya se ha desenmascarado como en denunciar la impunidad con que este lleva adelante sus actos delictivos. En un país en donde el propio presidente pudo ser asesinado impunemente, en donde la sociedad en su conjunto está en peligro, de lo que se trata es de suplir el rol de una justicia que falta.

Muchas de las narraciones que *Crisis* esgrimirá para probar tanto el estado de indefensión de las víctimas como la impunidad de los asesinos parecerían estar construidas en arreglo a una serie de constantes que es posible reconocer en la novela policial negra que surge en los Estados Unidos en las primeras décadas de este siglo. Como en *Los asesinos*, de Hemingway, como en las novelas de Dashiell Hammett, la sociedad chilena será descrita como aquella en cuya calma forzada y aparente la violencia irrumpe en el momento menos esperado. La frialdad -típica de la serie negra- con la que se describe el asesinato que sigue no tiene otro objeto que acentuar la ferocidad del crimen perpetrado:

En vísperas de Navidad, un muchacho de 22 años entró a una zapatería en el centro de Santiago y pidió que le mostraran un par de mocasines. Se los trajeron, se los puso para probárselos y en un momento de descuido de quien lo atendía, salió corriendo a la calle. [...] Entonces, un individuo que caminaba por la calle Ahumada [...] se dio vuelta *con toda calma*, sacó un revólver y disparó certeramente en la nuca del muchacho que corría, matándolo en forma instantánea. La gente que presenció este *frío* crimen se indignó y rodeó al asesino intentando lincharlo. Sin embargo, a los pocos minutos llegó un vehículo policial, el individuo en cuestión mostró una tarjeta y se fue *tranquilamente* con los policías. [...] Obviamente, era un agente de la DINA, policía secreta de Pinochet, que viste de civil y tiene *licencia para matar* (*Crisis XXXVI*, 13)<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Los artículos que *Crisis* dedica al golpe de estado están plagados de episodios sangrientos. Pero no siempre se los relatará con la misma frialdad. La siguiente descripción del asesinato del músico y cantante Víctor Jara, por ejemplo, no está exenta de cierto melodramatismo: "Víctor Jara, una de las principales voces de la canción chilena, fue asesinado en los camarines del Estadio Chile. Los militares le habían destrozado las manos a golpes de culata, porque Víctor Jara encendía el ánimo de los presos cantando y batiendo palmas. Lo tirotearon en las piernas y lo dejaron desangrarse. 'Cantá ahora', le decían, 'a ver si ahora cantás'." (IX, 32).

c) *El enigma en torno del destino de la revolución.* Pero, de los enigmas planteados, el que *Crisis* se abocará a responder centralmente es aquel que compromete al propio destino revolucionario. El golpe de estado en Chile, ¿pone en cuestionamiento el acaecimiento ineluctable de la revolución en Latinoamérica?

Tres son las respuestas que, sucesivamente, encontrará este interrogante. Las dos primeras casi se superpondrán la una a la otra; la tercera tendrá lugar en el momento en que las condiciones que hacían a aquellas verosímiles se diluyan inevitablemente.

i) *El golpe de estado en Chile no pone en juego el destino inevitable de la revolución: exige, mas bien, recordar la evolución dialéctica de la historia.* La misma cronología cuyo objeto era demostrar el asesinato del presidente resulta útil para dar cuenta del modo en que *Crisis* respondió inicialmente al problema del destino revolucionario latinoamericano. El informe, que comienza con el relevamiento de los levantamientos militares que jaqueaban al gobierno de Allende incluso antes de su asunción, se cierra con los alzamientos populares que, correlativamente, ya empiezan a enfrentar al golpe de Pinochet. En efecto, en los primeros capítulos que *Crisis* dedica al golpe, los sucesos chilenos no harán sino corroborar aquella concepción según la cual la *lucha* entre fuerzas antagónicas -con sus consecuentes avances y retrocesos- es el motor fundamental de la evolución histórica. El golpe de estado, que no pone en juego el destino de la revolución, insistirá en recordar que el devenir histórico es dialéctico: “Triunfa la *conspiración*. Comienza la *resistencia*” (*Crisis* VI, 67)<sup>9</sup>.

Los capítulos siguientes estarán orientados a recoger las evidencias de esa *resistencia* cuya existencia es una deducción *necesaria* de esta concepción de la historia<sup>10</sup>. En un entorno caracterizado por la ausencia de información (lo primero que hace la junta militar es tomar el control de las radios y la televisión

<sup>9</sup> Todos los testimonios que se adjuntan a la mencionada cronología insisten en subrayar la *continuidad* del proceso revolucionario chileno a pesar de las actuales circunstancias. Véase, por ejemplo, el del propio Salvador Allende: “[...] aquellos que pudieran imaginarse que suprimiéndome físicamente van a detener este proceso, creo que se equivocan lamentablemente. [...] porque el proceso social chileno no es la acción de un hombre. Es la acción madura de un pueblo políticamente consciente, y con fuerzas sindicales poderosas, que le dan el derecho a decir que *seguirá adelante con su voluntad revolucionaria*” (VI, 69); el de Julio Cortázar: “[...] América Latina *continúa* la marcha hacia su verdadero destino y nada podrán los chacales y los gorilas contra su vocación de libertad y de justicia” (VI, 68); y, por último, el de Rafael Alberti: “Ya se acabó. Mas la muerte, / *la muerte no acaba nada.* Mirad: han matado a un hombre. / Ciega la mano que mata. / Cayó ayer. Pero su sangre / hoy ya mismo *se levanta*” (VI, 68).

<sup>10</sup> En el citado reportaje a la viuda de Allende esta necesidad estrictamente *lógica* de la *resistencia* -más allá de su existencia concreta- resulta evidente. Pregunta el periodista: “¿Sabe quién asumió la dirección de la *resistencia*?” Responde la viuda: “*No, no sé.* Lo que sé es que *nadie va a retroceder*” (VI, 67).

para imponer una estricta censura), *Crisis* llevará adelante una investigación destinada a *restaurar* aquel saber que los asesinos pretenden escamotear. Insistiendo en un gesto que llegará a convertirse en uno de los rasgos distintivos de la revista en el discurso periodístico de los setenta, el segundo artículo dedicado al golpe buscará reconstituir la red informativa que falta apelando a aquellas voces que no tienen posibilidad de circulación, apostando a recuperar la voz de los que la han perdido. Es en el tejido que conforma el conglomerado de voces silenciadas en donde *Crisis* buscará restituir el rostro furtivo de la contra-fuerza revolucionaria que enfrentará a los golpistas: “Jorge, ex alto jefe de la aeronáutica que no se plegó al golpe: ‘Las noticias que logré conocer indicaban que los efectivos de la Fuerza Aérea fueron formados y notificados de que tendrían que salir a las calles a combatir a los marxistas, *pues existía un plan del MIR para dar muerte a miembros de las fuerzas armadas*’” (VII,68); “Albertina, estudiante uruguaya: ‘[...] fue en ese momento que aparecieron los francotiradores. Los milicos no sabían, la verdad, cómo enfrentarlos, pues no esperaban *ese tipo de resistencia*. Muchos, al parecer, preferían luchar que entregarse. Lo que sucedió después de las tres de la tarde lo desconozco [...]’” (VII, p. 69); “Luis, funcionario internacional: ‘También en el cerro Santa Lucía se produjeron enfrentamientos, que duraron hasta la madrugada del miércoles. *Allí había varios francotiradores, que dispararon durante toda la noche. Las patrullas militares, por lo que supe, tuvieron que actuar con mucha cautela para no sufrir muchas bajas, pero las hubo en abundancia*’” (VII, 70).

Pero esa información no se obtiene toda de una vez. La fragmentación de los testimonios en el interior del capítulo, el corte de los relatos en el momento culminante, dotarán al ritmo de la investigación de un suspenso propiamente folletinesco: “Luis [miembro de la resistencia]: ‘[...] discutimos sobre la necesidad de ocultarnos en algún lugar y atacar a las patrullas militares por sorpresa. Dos o tres estuvieron de acuerdo, pero prevaleció la idea de retornar a las casas, con todo el riesgo que eso significaba. Quedamos convenidos de juntarnos *al día siguiente*’”(VII, 69). Dicha segmentación, al mismo tiempo, recuerda la necesidad de incluir los testimonios recogidos en el interior de un movimiento más amplio: en el contexto de una “novela” obsesionada en la restitución de un saber -el de la existencia fehaciente de una resistencia- que se sustrae cada vez que se lo interroga.

El momento culminante de la investigación coincidirá, paradójicamente, con el comienzo de un incipiente pero sostenido declinamiento de la hipótesis misma. Se trata de un artículo, “Un encuentro con la resistencia chilena” (XII, 74-78), en el que *Crisis* narrará “seis meses después del odio” el encuentro necesariamente secreto entre uno de sus enviados especiales y el jefe de la resistencia. En dicho relato tendrá lugar, en principio, una ligera reformulación de la hipótesis primera. No habría en Chile, como se creyó al comienzo, una resistencia sino dos: una “espontánea”, “románticamente heroica”, que actuó

durante los siete días posteriores al golpe “sin ninguna perspectiva de éxito” (74); la otra, “organizada”, “cautelosa”, “que crece rítmicamente” (74) y cuya existencia fehaciente se certificará en este encuentro.

En segundo lugar, el relato del encuentro con la resistencia dará lugar a una narración que cruzará la novela policial con el género «de aventuras». Así, mensajes cifrados y contraseñas, secretos peligrosos, lugares solitarios e imprecisos, postas múltiples que es necesario atravesar antes de llegar al corazón de esa sociedad secreta en la que la resistencia se ha transformado, constituyen algunos de los *topos* propios del género a los que el relato del golpe no dudará en apelar. Y si, al mismo tiempo, la narración no evitará ninguna de las técnicas ya explotadas por la novela realista (apelación al color local, profusión de detalles en los retratos y descripciones, etc.) es porque dotarla de un “efecto de realidad”, mostrar que se estuvo en el mismo escenario donde se producen los hechos, seguirá siendo la garantía mayor de lo que se pretende probar.

Después del encuentro «directo» y la obtención de las pruebas irrefutables, las referencias a la resistencia empezarán a espaciarse cada vez más. En el futuro la novela chilena ya no volverá a aportar evidencias nuevas que atestigüen su existencia concreta o, por lo menos, la de una fuerza capaz de torcer el rumbo del proceso instaurado por la dictadura militar.

ii) *El golpe de estado chileno no pone en entredicho el acaecimiento inevitable de la revolución en Latinoamérica pero llama la atención sobre la necesidad de revisar las estrategias puestas en juego para alcanzarlo.* La segunda respuesta a la que dio lugar el interrogante planteado por el golpe de estado es contemporánea de la primera. Pero si bien ninguna de las dos pondrá en cuestionamiento aquella ley histórica que aseguraba el destino revolucionario del continente, esta postulará la necesidad de reformular la estrategia para alcanzarlo. ¿Es posible la revolución por la vía pacífica y legalista elegida por el gobierno chileno? ¿Qué margen de tolerancia debe concederse a los enemigos del proceso revolucionario?

Quizás sea posible relevar en la historia de esta segunda respuesta tres etapas distintas. En un primer momento, su formulación encontrará cuerpo en la opinión todavía tímida de Ernesto Sábató: “Tal vez Allende ha pagado por el excesivo respeto que mantuvo por todas las libertades, sin excepción. Tal vez esta durísima experiencia revela que no puede llevarse a cabo la gigantesca tarea de liberar a un pueblo oprimido *respetando la libertad de los que lo oprimen* [...]. *Dar igual libertad a corderos y lobos es una irrisoria candidez que solo puede concluir con el exterminio de los corderos*” (VI, 68). En una instancia posterior -en coincidencia con el momento en que la hipótesis de la resistencia “espontánea” ha debido reformularse por una de más largo alcance- encontrará una exposición más virulenta en un reportaje realizado a Gabriel García Márquez: “[...] el destino le deparó [a Allende] la rara y trágica grandeza de morir defendiendo a bala el mamarracho anacrónico del derecho burgués,

defendiendo una Corte Suprema de Justicia que lo había repudiado pero que había de legitimar a sus asesinos, defendiendo un Congreso miserable que lo había declarado ilegítimo pero que había de sucumbir complacido ante la voluntad de los usurpadores, defendiendo la libertad de los partidos de oposición que habían vendido su alma al fascismo, *defendiendo toda la parafernalia apolillada de un sistema de mierda que él se había propuesto aniquilar sin disparar un tiro.*" (XII, 73). Por último, encontrará todavía algunos defensores convencidos en Fidel Castro (XIV, 6) y en García Márquez de nuevo (XXIV, 41-43). Pero entonces, las posibilidades de una modificación en la estrategia revolucionaria parecerán haberse diluido inexorablemente.

Si para certificar la existencia de una resistencia al golpe de estado *Crisis* había recogido las voces anónimas de los silenciados, para vehiculizar la hipótesis de la necesidad de un cambio en las estrategias revolucionarias apelará a la autoridad de los consagrados. Tal vez no sea casual que, a excepción de Sábato, sus portavoces estén estrechamente comprometidos con el proceso revolucionario cubano. Abortada la esperanza chilena, Cuba emergerá en el horizonte de la revista como el referente más firme, aunque también más solitario, de la revolución en Latinoamérica.

En efecto, la hipótesis de la necesidad de un cambio estratégico parece inescindible del modelo revolucionario en el que las opiniones que la sustentaron buscaron legitimarse. Así, la revolución cubana dará lugar en *Crisis*, del mismo modo que el golpe chileno, a la construcción de una «novela» compuesta por una serie de discursos celebratorios que involucraron desde la exhumación de un antiguo texto de Leopoldo Marechal ("una de las figuras fundamentales del peronismo", X, 74), que en 1966 había narrado su fascinada visita a la isla a propósito de una nueva edición del Premio Casa de las Américas, hasta la publicación de numerosos artículos destinados a registrar el estallido artístico que tuvo lugar con el triunfo de la revolución y en donde vanguardia estética coincidiría, por fin, con vanguardia política (cf., entre otros, "Ocho días en el nuevo teatro de la revolución", VI, 49-55 y "La propaganda y el lenguaje de los signos en un proceso revolucionario", XII, 18-21).

iii) *El golpe de estado deja de ser un "caso" para transformarse en «exemplum».* Pero las dos hipótesis iniciales sobre el golpe chileno cesarán abruptamente en agosto de 1975 con el impacto que el "rodrigazo" produce en la economía argentina. Desde entonces, los intereses de *Crisis* se concentrarán cada vez más en las acuciantes urgencias nacionales. Las amenazas de la "Triple A" a integrantes de la propia redacción de la revista<sup>11</sup>, la derechización y el

<sup>11</sup> En agosto de 1975 Juan Gelman debe abandonar el país. En marzo del año siguiente el director de la revista, Eduardo Galeano, también deberá alejarse por razones de seguridad. Entre las contadas reflexiones a que *Crisis* ha dado lugar en la crítica argentina debe mencionarse la de María Sonderéguer (1992). Algunas de las referencias mencionadas en ese artículo fueron recogidas en el presente.



debilitamiento progresivo del gobierno de Isabel Perón y el fortalecimiento de las dictaduras militares en la mayoría de los países latinoamericanos, descalificarán, por extemporánea, toda expectativa revolucionaria. La vigencia del modelo cubano parecerá desmoronarse irremediablemente. Y Chile habrá dejado de ser un “caso” para transformarse en *exemplum*: un ejemplo *más*, junto con Uruguay, Paraguay, Perú y, en poco tiempo, la propia Argentina, del avance inexorable de la ofensiva contrarrevolucionaria en el continente.

En la novela chilena las antiguas expectativas darán paso o bien al recuerdo nostálgico de los exiliados (cf. reportaje a Isabel Parra, XXVIII, 47-49) o bien a la descripción descarnada y escéptica de la vida cotidiana de un país signado por la represión militar, el terror y la progresiva pauperización de sus habitantes “[...] sin que haya una ceja de luz que permita adivinar una salida lógica a este proceso a corto o mediano plazo” (XXXII.27). Veintiocho meses después de la instalación de la junta en el poder, los discursos sobre Chile se debatirán, en arreglo al modelo de una novela negra próxima a convertirse en tragedia<sup>12</sup>, entre la apuesta a una esperanza cada vez más quimérica y el doloroso reconocimiento de que el gobierno militar se mantendrá en el poder mucho más tiempo del que las opiniones más cautelosas habían pronosticado. En diciembre de 1975, en la mirada de *Crisis*, el golpe de estado Chile habrá dejado de interrogar *ley* alguna: aquella certeza que, en vísperas del triunfo de Perón, había abierto las puertas de la utopía, a cuatro meses del propio golpe de estado habrá perdido definitivamente el espacio propicio para poder formularse.

PABLO BARDAUIL

Universidad de Buenos Aires

#### CRONOLOGÍA DE TEXTOS CITADOS EN ESTE ARTÍCULO

1. “Del film de Solanas y Getino: Juan Domingo Perón. Los días siguientes”, I, mayo de 1973, 43-47.
2. “Teletipo (reportaje al antropólogo brasileño Darcy Ribeyro)”, I, mayo de 1973, 63.
3. “Jinete de dos caballos”, de Rogelio García Lupo, II, junio de 1973, 62-63.
4. “Ocho días en el nuevo teatro de la revolución”, de Dahd Sfeir, VI, octubre de 1973, 49-55.
5. “Informe sobre Chile. Esperanza, crimen y caída”, VI, octubre de 1973, 64-72.

<sup>12</sup> Boileau-Narcejac, en *La novela policial* (1968: 92): “[en la novela negra] la vida está dominada por la *fatalidad* y los hombres son cosas, a pesar de su *aparente libertad*”.

6. "Chile. Venid a ver la sangre por las calles", VII, noviembre de 1973, 68-72.
7. "La canción póstuma de Víctor Jara", IX, enero de 1974, 32.
8. "La isla de Fidel", de Leopoldo Marechal, X, febrero de 1974, 74-78.
9. "Félix Beltrán. La propaganda y el lenguaje de los signos en un proceso revolucionario", XII, abril de 1974, 18-21.
10. "Carnet. 'Chile'", XII, abril de 1974, 34.
11. "Chile", de Gabriel García Márquez, XII, abril de 1974, 68-73.
12. "Un encuentro con la resistencia chilena", de Eric Nepomuceno, XII, abril de 1974, 74-80.
13. "El fin del cerco. Diálogo de los periodistas argentinos con Fidel Castro", XIV, junio de 1974, 3-8.
14. "Testimonios. Carta de un fusilado en Chile", XV, julio de 1974, 54.
15. "Gabriel García Márquez: 'La imaginación al poder en Macondo'", reportaje por Ernesto González Bermejo, XXIV, abril de 1975, 40-43.
16. "Isabel Parra. Enemiga del olvido y la desesperanza", reportaje por Ernesto González Bermejo, XXVIII, agosto de 1975, 47-49.
17. "Informe sobre Chile", de Carlos Ossa, XXXII, diciembre de 1975, 25-29.
18. "Carnet. 'Justicia y orden al estilo Pinochet'", de Hernán Mario Cueva, XXXVI, abril de 1976, 13.

#### OBRAS CITADAS

- ALVARADO, M. Y ROCCO-CUZZI 1984. "Primera Plana": el nuevo discurso periodístico de la década del '60". *Punto de Vista* 22, 27-30.
- BOILEAU-NARCEJAC, 1968. *La novela policial*. Buenos Aires, Paidós.
- DERRIDA, J. 1994. "Firma, acontecimiento y contexto". En *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra.
- JOLLES, A. 1981. *Formes simples*. Paris, Seuil.
- LE GOFF, J. 1991. *Pensar la historia*. Barcelona, Paidós.
- MARX, K. Y F. ENGELS. 1848. *Manifiesto comunista*. Buenos Aires, Ediciones Pluma, 1974.
- NERUDA, P. 1961. *Tercera residencia*. Buenos Aires, Losada.
- SEBEOCK, TH. Y J. UMIKER-SEBEOCK. 1994. *Sherlock Holmes y Charles Sanders Peirce: el método de la investigación*. Barcelona. Paidós.
- SONDERÉGUER, M. 1992. "Crisis (1973-1976): un proyecto cultural". *Cahiers du Criccal* 9/10.
- WALSH, R. 1973. *Caso Satanowsky*. Buenos Aires, de la Flor.
- WHITE, H. 1972. *Metahistoria*. México, Fondo de Cultura Económica.